

sión a la madre desvanecida en medio de un corro de mujeres.

—Esto acabará mal—murmuraban acercándose unos a otros.—¡Es demasiado joven!—¡Y demasiado atrevido!

En una pequeña elevación del terreno, una joven de rubia cabellera, aislada de todos, con su corpiño encarnado, contemplaba la escena, cruzadas sus dos manos a la espalda. Varias mujeres del pueblo, al pasar cerca, la miraban con torva, ceñuda faz, al saber que era la novia del audaz joven y precisamente la que le había pedido aquella prueba de su valentía y de su cariño. Indiferente a la ansiedad general y a la indignación que la rodeaba, seguía con la vista, sonriente, a su prometido, suspendido entre el cielo y la tierra; y en su linda cara, tersa y acarminada, leíase la certeza de que sería su novio el que lograra alcanzar lo que otro no pudiese obtener.

De pronto, un grito partió de la asamblea. Subiendo rápidamente y en zigzag, el joven acababa de alcanzar la tercera y última saliente. Pero sus fuerzas parecían agotadas. A pesar de que no semejaba más grande que una mosca, pudo distinguírsele agarrado aún a la roca.

El que poseía mejor vista de los del lugar, un hombre rodeado de un grupo de ansiosos, dijo sacudiendo tristemente la cabeza:

—No volverá vivo. Está más blanco que la cal y tiene las manos ensangrentadas.

Silencio general se impuso. El joven erguía de nuevo y el hombre citado vió cómo se estrechaba aún más el cinturón, examinando las paredes rocosas que ante él tenía, perpendiculares entonces hasta llegar al nido. Viósele buscar a tientas apoyo para sus manos y pies...

Un estremecimiento sacudió dolorosamente a todos: ¡el joven resbalaba!

Gruesas piedras destacáronse del peñasco, rodando ruidosas a lo largo de las rocas...

—Todo acabó para él—pensaron algunos; otros, en su emoción, dijéronlo en alta voz.

Pero, vivamente, el atrevido cogióse con sus dos manos a una hendidura de la roca y se retuvo agazapado hasta que sus pies encontraron nuevo apoyo. Y lentamente, con precaución, avanzó...

Minutos parecidos a siglos transcurrieron, durante los cuales los espectadores reunidos mirábanse unos a otros espantados, pues la sombra proyectada por la cima ocultó a sus ojos asombrados el audaz joven. ¡Tal vez había caído!

De improviso estalló un clamoreo general. Viéronle sobre la cima de la

roca, destacándose en el claro azul del cielo.

En aquel momento, las águilas muy lentamente, atravesaban los aires...; pero el joven, con un rápido movimiento, cogió las ramas del nido, y nido y huevos cayeron precipitados de lo alto de la roca en las profundidades peñascosas. Las águilas, aterrorizadas, interrumpieron su vuelo; después, las dos, arrojando agudos chillidos y con rápido y ruidoso batir de alas, volaron de nuevo, desapareciendo a lo lejos...

Y en la pradera, los gritos de con-

tento hendían la atmósfera de tal modo como jamás desde tiempos inmemoriales se había oído. Solamente el párroco se retiró silencioso y cabizbajo.

Sólo él no podía comprender aquello...

¡Y es que no hay nada en el mundo, por alto que sea, que la voluntad tenaz y firme de un pueblo no pueda alcanzar un día!

(Crisol. Buenos Aires).

PRETEXTOS

POR RAMON VINYES

CRITICOS FRANCESES

NADIE como los críticos franceses está enterado de las cosas de su casa, pero nadie como los críticos franceses desconoce las de los demás.

Figuras eminentes, indiscutiblemente eminentes, como Anatole France, han dicho tonterías al hablar de la literatura de las otras naciones. Un día que le pidieron su opinión sobre los literatos españoles, Anatole France contestó: España tiene un gran escritor: Blasco Ibáñez; un novelista regular: Pérez Galdós, y otro novelista ameno: Valle Inclán.

Marius André acaba de traducir el «Polifemo» de Góngora. La Nouvelle Revue Française, —revista de abolengo,—dice que la poesía de Góngora tiene el empuje de las odas de Michelet.

Adolphe Brisson habla en el folletín de *Le Temps* de la compañía dramática argentina que trabaja en el teatro Antoine de París. Adolphe Brisson asistió a un solo estreno porque desconoce el idioma castellano. Adolphe Brisson, —el reputado crítico,—no conoce nada más que el francés. ¿No es Francia la capital intelectual del mundo? Se representaba por la compañía de Camilo Quiroga *Barranca Abajo* del dramaturgo Florencio Sánchez, un autor raro, desconocido en París: era

necesario documentarse. El reputado crítico de *Le Temps*, para su documentación, echó mano a una obra de Margarita Moreno, que vivió en la Argentina y que—era lo imprescindible—escribió un libro sobre aquellas tierras. ¿Como no?; uno más. Adolphe Brisson se aprendió en el libro que el gauchito, después del trabajo del día, tocaba la guitarra en la puerta de su rancho, y que la pampa era muy grande, muy inmensa, sin límites visibles; con muchos rebaños, con mucha yerba. ¡Una gran cosa la pampa! Con esto, y con un medio argumento de la obra, había bastante para salirse del paso. ¡Verdaderamente ponen a los críticos en apuros estas compañías indígenas que tienen la ocurrencia de ir a París! De la obra de Florencio Sánchez, de su labor como dramaturgo, de su significación, de su realismo, de su novedad, de su fuerza, de su valor, no precisaba saber nada. ¡Nada supo Adolphe Brisson, ni ninguna inquietud le quedó de saber! ¡Seguramente que ya ni se acuerda del nombre del autor uruguayo! Verdad es que las compañías exóticas que van a París ponen a los críticos en apuros; pero los críticos son lo suficiente despreocupados para salirse del compromiso sin mucho trabajo, y sin inmutarse demasiado!

VISITE USTED

La Carpintería, Ebanistería,
Fábrica de marcos y repisas

DE ENRIQUE GOMEZ C.

100 varas al Sur del "Templo de la Música"

SAN JOSE DE COSTA RICA